Volver a resurgir

África Alós Sorrentino

Volver a resurgir

África Alós Sorrentino

Avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2024
©África Alós Sorrentino, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:979-13-87532-23-9
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-26828-2024

A las personas vitamina de mi vida…
A.A.S

Aquella mañana de finales de enero de 1918 sabía a despedida. Los copos de nieve caían lentamente, un manto blanco cubría las montañas y un cielo gris se cernía sobre la casa. Argentina se quedó quieta, pensativa, arropada por una lujosa manta que su marido le había comprado en uno de sus viajes. Una lágrima descendió por aquella tez pálida; su cabello rizado negro caía por encima de sus hombros. Una mano cálida abrazó su cintura con suavidad. Allí estaba él, aquel hombre al que ella misma había servido en aquella gran mansión, aquel ser humano bueno y noble que se enamoró de ella cuando ésta llegó a la aldea, acogida por su tío, el panadero, porque no tenía más familia.

Era una chica culta y educada, cariñosa, empática y generosa con cualquier persona. Su encanto, su dulzura, logró envolver a aquel comerciante, que era el hombre más rico de la aldea: había comprado tierras y daba trabajo a más de una decena de familias.

Los ojos verdes de Julián se posaron ante la belleza de su esposa Argentina, él le apartó un mechón de pelo detrás de la oreja, ella lo observó con nostalgia. Sus ojos marrones recorrían cada detalle del cuerpo de aquel hombre de casi cuarenta años, alguien maduro para aquellos tiempos. Julián medía alrededor de un metro setenta de altura, tenía el pelo negro y la barba también del mismo color, aunque alguna cana empezaba a asomar. Cada vez que salía de viaje se vestía con uno de sus trajes negros que había comprado en las tiendas más lujosas de Valencia, lo

completaba con un pañuelo blanco en el bolsillo, bastón negro y sombrero.

— ¿Por qué me miras tan atentamente? —preguntó éste, acariciando sus labios.

—No quiero olvidarme de tu cara, ni de tus gestos; quiero grabarme tu sonrisa, el tacto cálido de tus manos… —dijo ella mientras las lágrimas inundaban sus ojos.

—Pronto, muy pronto estaré aquí, y, aunque algo me sucediera, sabes que te prometí que no solo estaría contigo toda la vida, sino incluso después: en la eternidad te buscaré aquí, en nuestro hogar, y me volveré a enamorar de ti.

Alma, su única hija, salió corriendo de aquella casa construida con piedra rústica, y se paró delante de los dos, con su camisón blanco de manga larga con puntillas y su capa de terciopelo blanco. La niña había heredado los profundos ojos verdes de su padre y la cabellera negra y rizada de su madre, su tez era pálida y sus mejillas sonrojadas. Vivía feliz, le encantaba vivir en el campo, visitar a los caballos; contaba con doce años de edad.
—¿Papá, te vas ya? —indagó ella con mucha tristeza.

—Sí, hija, pero piensa una cosa: ¿recuerdas aquello que hablamos siempre cuando salgo de viaje? —le preguntó su padre.

—Sí, prometo subir a la torre todas las noches y observar la luna, porque tú también la estarás mirando. Te echaré de menos, papá… —dijo la niña, abrazándolo.

—Pronto… muy pronto estaré aquí y montaremos juntos a caballo, y te contaré los lugares que he visitado… —le contestó él dulcemente, con su hija arropada en sus brazos.

El hombre dio un beso en los suaves labios de su mujer y otro en la frente de su hija, después se subió a una carroza lujosa, tirada por caballos, guiada por su chófer. Apenas se levantó polvo, ya que la nieve invadía toda la entrada de la casa, las dos le decían adiós entre lágrimas.

—Mamá, ¿tú crees que volverá?

—Claro que sí —afirmó ésta con mucho optimismo.

La niña abrazó a su madre muy fuerte, rezando para que el hombre de la vida de ambas volviera pronto para estar con ellas, de momento, solo les quedaba la esperanza y unas largas semanas… Madre e hija se cogieron de la mano, entraron en su hogar que parecía desierto sin él, las dos se sentaron encima de la gran alfombra blanca con rombos rojos, que Julián había comprado en la India hacía ya unos años.

Ambas se apoyaron la una en la otra, sentadas delante del fuego, arropadas con una manta, un frío inmenso corría por sus venas.

—Mamá, cuéntame cuándo conociste a papá.

—Claro, mamá te contará todo cuanto quieras saber…

—Papá es un hombre bueno, ¿verdad?

—El mejor de todos.

— ¡Y el más guapo! —exclamó la niña sonriendo.

—Claro que lo es —aseveró, observando a su hija con una sonrisa.

Cuánto había crecido aquella pequeña que hacía nada llevaba en sus brazos, que amamantaba cada día a todas horas y que mecía con ternura, mientras la niña con su pequeña mano cogía uno de sus dedos con fuerza. En aquel momento, hablando con su hija, se dio cuenta de que muy pronto se convertiría en una joven bella y hermosa, llena de bondad.

Horas y horas pasaron madre e hija hablando, intentando no pensar en el tiempo, queriendo y recordando al hombre de sus vidas, con mil y un abrazos guardados, esperando que regresara muy pronto…

Capítulo 1

Noviembre 2020

Era una triste mañana de noviembre, el cielo era gris, y los copos de nieve caían lentamente creando un gran manto blanco en las montañas. En el interior de aquella mansión rústica se respiraba nostalgia, desilusión… El fuego de la gran chimenea quemaba ansiosamente cada tronco, lo consumía con ahínco. Amanda solo podía mirar aquella llama, quería sentirse como aquel trozo de madera, arder y desaparecer del mundo. Las lágrimas le recorrían sus blancas mejillas, todavía había restos del maquillaje del día anterior, pero no le importaba, ni siquiera se había posado delante de un espejo desde antes de lo sucedido.

Seguía en el suelo, tumbada bocabajo, la cola blanca de su vestido de novia llenaba prácticamente aquella alfombra de rombos rojos con el fondo marrón. Allí se sentía protegida, tenía un cariño especial a aquel gran trozo de tela que por lo visto tenía muchísimos años y que ella quiso conservar al adquirir aquella hermosa propiedad. Hacía tan sólo un día que había sido tan feliz… Ahora sólo podía regodearse entre sus lágrimas, sus recuerdos que tanto dolían…

Alguien llamó y ella se levantó a abrir, su semirrecogido se había deshecho y su pelo rizado caía sobre sus hombros, sus ojos verdes sin brillo miraban fijamente hacia la puerta, su cola blanca

iba detrás de ella, recordándole que hacía apenas unas horas había sido feliz caminando por un altar lleno de flores blancas. Aquel final del 2020 era el peor que había tenido en su vida. Llegó a duras penas a la entrada de la casa, le costaba mantenerse en pie. Al abrir vio que era ella, a la que desde muy pequeña había considerado su hada madrina, siempre aparecía cuando más la necesitaba, y desde muy pequeña había encontrado en ella un calor especial.

Aquella mujer, que desde fuera observaba llorar a aquella chica de rizos negros y ojos verdes, no pudo evitar correr a abrazarla. Ella también tenía el pelo rizado, pero sus ojos eran marrones, tendría unos cincuenta y tantos; entró y cerró la puerta. Cogió a Amanda del brazo y la llevó con ella hasta el sofá.

—Pero… ¿qué ha pasado? ¿Dónde está Lucas?

—Pues… Lucas… —susurró Amanda entre lágrimas, mientras cobijaba su cara en su hombro. Clara le acarició la cabeza. Una lágrima recorrió su mejilla.

Allí, en aquel gran salón, sentada al lado de Clara, aquella mujer que conoció siendo una niña, y que, de una manera emocional consideraba su madre, su amiga, pudo contarle todo lo que había pasado, sintiéndose querida y protegida. Sus sabias palabras, su mirada cariñosa… ¡Qué afortunada se sentía cuando estaba a su lado!

Capítulo 2

Junio de 1985

Aquella mañana se despertó con una sonrisa, la del trabajo bien hecho, la emoción del éxito, de haber cumplido los objetivos que ella misma se había marcado. La luz del sol entraba por las persianas, se desperezaba feliz, llena de vida, de sueños, de ilusiones que estaban por llegar.

Se metió en la ducha, se peinó su pelo negro lleno de rizos delante del espejo del baño, se puso unos vaqueros azules muy ajustados que realzaban su bonita figura, una camiseta negra de manga corta y unas sandalias que dejaban ver sus uñas pintadas de color rojo.

—Venga, vamos o llegaremos tarde, hoy es el último día, hoy termina nuestra etapa de bachillerato, ¡por fin a la universidad! Vas a elegir Literatura, ¿verdad? — preguntó su mejor amiga.

—Sí, sabes que ha sido mi sueño desde siempre…

—Hoy se van a cumplir nuestros sueños, ¡por fin, amiga! Aunque te voy a extrañar tanto, voy a echar de menos meterte prisa todas las mañanas, ¿estás segura de que llegarás a tiempo sin mí?

—Puedo intentarlo —respondió ella mientras reía—. Bueno… ¿tú, al final, Derecho?

—Sí, es algo que siempre me ha gustado, mis padres no se lo han tomado muy bien, querían que fuera médico, como ellos. Los tuyos estarán contentos, ¿no?

—Sí, aunque una de las cosas que siempre me han dicho es que estudie lo que quiera.

—¡Qué padres tan simpáticos tienes!

—La verdad es que sí. Por cierto, este finde, que es la fiesta de graduación, vente a dormir, así podremos llegar más tarde a casa. Si no, mi madre convencerá a la tuya.

Al llegar al colegio, donde estudiaban desde que tenían cuatro años, les invadió la tristeza, la alegría, la emoción… Habían vivido tantos momentos, tantos recuerdos: primeros amores de niñas, primeras discusiones, primeras confesiones entre aquellos árboles de ramas enormes y aquel jacaranda en medio del patio, las dos coletas rubias de su amiga y el pelo negro rizado de ella, que llegaban a casa la mayoría de las veces llenos de arena de jugar, de pasarlo bien.

—¡Pero bueno, aquí llegan las chicas tardonas del colegio! ¡Ay, mis niñas! ¡Qué mayores se han hecho! Ya a la universidad —dijo su tía, que era profesora del colegio.

—¡Ay, tía!, no me lo puedo creer que me vaya de aquí…

—Bueno, siempre podéis venir a ayudarnos el año que viene con los cursos de verano, pero esto es un secreto, queda entre nosotras —dijo la profesora guiñándoles el ojo.

Adoraba a su tía, aquella mujer de pelo negro liso largo y ojos verdes profundos, de estatura baja, muy delgada y ya entrada en los cincuenta, que nunca había tenido una pareja o, al menos, ella nunca la había conocido. Dedicaba su vida a la enseñanza, su gran pasión, y a su querida y única sobrina a la que quería y consentía tanto... Las vio entrar en el aula y una pequeña lágrima brotó de sus ojos, se le habían hecho mayores…

Aquella aula de paredes y techo con gotelé blanco, con unos azulejos marrones en la parte de abajo, sillas y mesas verdes. Las dos observaban la que había sido su clase con nostalgia. Allí estaba sentado su profesor, un hombre que ya pasaba de los sesenta y que ese año se jubilaba con la ilusión de mandarlos a todos a la universidad. Aquel ser humano de diez, que no solo les había enseñado matemáticas, también les había educado para ser personas, a respetarse, a quererse y a sentirse como una familia. Los había visto crecer desde que habían entrado al colegio y se volcó en la enseñanza tras perder a su hijo y a su mujer en un accidente de tráfico. Nunca logró superarlo, pero lo que le había dado fuerzas para seguir habían sido sus alumnos, ayudarlos, enseñarles: había sido para él el mejor regalo de su vida.

—Profe, yo creo que no nos echarás de menos, lo que estarás es harto de aguantarnos —dijo el chico moreno de ojos verdes que siempre animaba la clase con sus bromas.

Los demás sonreían con tristeza, se iban a extrañar tanto… El profesor sonreía, se puso en pie para hablarles:

—Ha sido un privilegio y un verdadero honor para mí veros crecer, convertiros en lo que sois: jóvenes sanos, buenos, solidarios… Me jubilo contento, porque he podido acompañaros hasta el final, ojalá nos volvamos a encontrar, nos veamos muy pronto, y me contéis qué tal os va todo, porque estaré esperando saber de cada uno de vosotros. Por otro lado, tengo que decir que a pesar de sentirme contento, una parte de mí se siente triste porque este colegio es mi vida. Mucha suerte a todos en esta nueva etapa, os lo deseo de todo corazón.

La mayoría lo observaba con lágrimas en los ojos, cuánto les había enseñado. Aquel hombre alto, que se había hecho mayor con ellos, que tenía el pelo blanco y la cara llena de arrugas. Aquel profesor, no solo de Matemáticas, sino de la vida, ahora debían aplicar lo aprendido y empezar un camino sin él, sin

ese «padre adoptivo» que todos habían tenido en el colegio. Se acercó lentamente, con sus pantalones largos grises y su camisa blanca de manga corta a rayas, y empezó a abrazar a cada uno de sus alumnos. Al llegar a ella, la miró con orgullo, con admiración.

—Lo lograste, pequeña…

—¡Lo logramos! Gracias por todo… —le contestó con lágrimas en los ojos.

—Gracias a ti. Bueno, ¿he conseguido que ames un poco las matemáticas?

—A ver… ya sabes que no son lo mío. Pero he aprendido mucho a tu lado y, algo he conseguido quererlas —dijo ella, guiñándole un ojo mientras él sonreía.

—Estudia Literatura, vas a ser una gran maestra, pero, sobre todo, sigue escribiendo…

—Lo haré… —respondió ella sonriendo entre lágrimas y él la volvió a abrazar muy fuerte.

Lo mismo hizo con cada uno de ellos. Su amiga también lo miraba con lágrimas en los ojos, cuanta nostalgia iban a sentir al empezar el nuevo curso... Cuanta tristeza por no estar todos en la misma aula, no reír juntos, no abrazarse… Pero ahí empezaba su camino, su futuro.

Capítulo 3

Enero 2020

Una noche de enero, que todavía olía a Navidad, la gente salía con sus chaquetas, había luz, ilusión, vida… Era una noche de luna llena acompañada de miles de estrellas que parecían estar sujetando el negro y oscuro cielo. El Mercedes clase A rojo en el que se montaron parecía nuevo, después de haber pasado por una empresa de lavado de coches. Lucas llevaba un USB de música con las canciones que les gustaban a ambos y que habían cantado desde el minuto uno de conocerse. Amanda lo miraba con una sonrisa. Para la ocasión llevaba un vestido rojo que marcaba sus curvas y unos zapatos del mismo color. Su pelo negro y rizado estaba recogido con un gran moño, sus labios pintados de rojo y sus ojos perfilados de color negro, lo que resaltaba mucho su tono verdoso.

—Estás preciosa e impresionante —afirmó él, dándole un beso en sus labios rojos.

—Bueno, estoy pasable, para una noche de martes… —dijo ella bromeando.

Él sonreía feliz, la miraba con dulzura. Vestía un traje azul marino y una camisa del mismo color, pero más oscuro, sus ojos

marrón verdoso, enmarcados con su pelo castaño corto, pero muy poblado, la miraban con amor, con admiración.

Durante el trayecto, hablaron de cuánto le había costado a Elsa quedarse con sus tíos, ella también quería ir a cenar con ellos, y eso que el tío Ramón, que era el tío de Amanda, se entendía muy bien con los niños.

—Tenía mucha «mamitis» hoy…

—Necesita un hermanito ya —afirmó Lucas, guiñándole un ojo.

El trayecto no fue muy largo, llegaron a una localidad muy pegada a Valencia, llamada Oliveral, y pasando una carretera estrecha, que tenía dos sentidos de circulación, vieron un agradable restaurante que en su día parecía haber sido una antigua vivienda. La hermosa casa tenía un agradable patio con unas mesas altas y al entrar notaron el calorcito del local. Los techos eran de madera y una gran pared de cristal les dejaba ver un campo de naranjos. Un camarero vestido con pantalón negro y camisa blanca los invitó a pasar, después de cerciorarse de que tenían reserva. Lucas le cedió el paso a ella primero, que fue andando detrás del mesero. Este le cedió el asiento y ella, dándole las gracias muy educadamente, se sentó. Su mesa estaba situada al lado del cristal, las mesas eran blancas, con servilletas negras, y las sillas estaban forradas con tela blanca. Los dos observaban aquella pared transparente que dejaba ver una bonita noche fría de enero, parecía que solo ellos en todo el mundo estuvieran despiertos, allí solos, en frente el uno del otro, con sus miradas perdidas en su amor, el amor que se profesaban mutuamente.

Empezaron hablando del día que se conocieron, lo recordaban a menudo, Amanda siempre comentaba lo mal que le había caído. Fue en su piso de Valencia, aquella pequeña vivienda que sus padres le regalaron cerca de la universidad de Derecho, para que estudiase la carrera, y que compartió durante unos años con

su amiga Sirena. Hoy era su casa, un coqueto piso de dos habitaciones, que, con los años, a través de una reforma, lo había acondicionado a la época y a un hogar para una niña de seis años. Lucas estudiaba en la facultad de Historia y Geografía y ella organizó una pequeña fiesta, donde su mejor amiga, Sirena, trajo a un amigo y este llevó consigo a un compañero, que era Lucas. Cuando éste vio a Amanda, se puso tan nervioso que derramó el cubata encima de la moqueta que tenía en el salón, y ella, que siempre había sido muy cuidadosa con todo, lo miró con mala cara.

—Recuerdo que le dije a Sirena: «no me cae bien» —soltó ella riendo, recordando aquel momento.

—Se me cayó el cubata cuando te vi aparecer —respondió él sonriendo.

—Pero me manchaste la moqueta.

—Tú me robaste el corazón con esa seguridad con la que te movías, esa cintura y esa expresión de tus ojos. Y lo cierto es que sí que tenías seguridad en ti misma, ¡mira hasta dónde has llegado! Con tan solo treinta y cuatro años eres toda una jueza de prestigio.

—Sabes que mi trabajo me ha costado…

—Hay mucha gente que pasa años preparándose hasta que aprueba la oposición para juez. ¡Me siento tan orgulloso de ti!

—Yo también de ti, por saber lidiar con esa panda de quinceañoeros que tienes de alumnos; esperemos que Elsa sea una buena adolescente —dijo sonriendo—, es una etapa complicada...

—Lo haremos juntos, todo es comprenderlos, a nosotros nos sobra inteligencia para ello, lo haremos lo mejor posible y conseguiremos entendernos con ella.

A Lucas le apasionaba el tema de la educación, sus alumnos lo adoraban y lo querían, solía levantar pasiones entre las chicas porque era tremendamente adorable, pero él sabía llevarlo

bien. Desde muy pequeño supo que su sueño era ser profesor de Historia, ya que la amaba, le encantaba recordar fechas, adoraba leer hasta altas horas de la madrugada y contarle a Amanda, con una copa de vino en la mano, cuánto le había hecho sentir cada libro que terminaba.

—¿Qué tal lo lleva Liza? Ya empezó a trabajar en el juzgado, ¿verdad?

—Sí, está muy contenta, creo que le vendrá bien. Para ella sentirse útil y salir adelante es todo un paso.

—No sabes lo que te agradezco tu solidaridad, gracias por ayudarla.

—No podía hacer menos cuando tu madre me contó la historia… La verdad es que es una historia triste y ella necesita ser independiente, ¡así que todo está solucionado!

Liza era una mujer de Alboraya, que era vecina de la madre de Lucas y se profesaban un cariño muy especial, era como de la familia. El marido de Liza nunca fue un hombre agradable, pero con el tiempo, después de quedarse sin trabajo, pagó su frustración con ella, maltratándola ya no solo físicamente, sino psicológicamente también. Tenían tres hijos: dos adolescentes y uno más pequeño. La mujer ya no aguantaba más la situación y lo dejó, con dolor en el corazón porque, a pesar de todo, en su día lo había amado, pero ya no podía vivir así. Amanda le dio una oportunidad en el juzgado como limpiadora, ya que una de ellas se había jubilado, y le estaba muy agradecida. Cada vez que la veía, le daba un abrazo muy fuerte de gratitud y de cariño. Liza tan solo contaba con cuarenta y seis años de edad, pero parecía mucho mayor: el paso de los años con aquella persona tan cruel a su lado habían hecho mella en ella, por lo que tenía el pelo lleno de canas blancas, era largo, pero ella lo recogía con un moño. Su cuerpo era delgado y pequeño, sus manos estaban estropeadas de tanto limpiar casas, tenía la cara arrugada y los ojos tristes,